

LUIS ENRIQUE DÉLANO

La Niña de la Prisión

Y OTROS RELATOS

PRÓLOGO DE
SALVADOR REYES

DIBUJOS DE
MOLINA LA-HITTE



EMPRESA EDIT. «LA SEMANA»
SANTIAGO DE CHILE - 1928

Una antología de cuentistas chilenos nos permitiría apreciar en conjunto una buena suma de valores insospechables. Entre ellos observadores rápidos y certeros, coloristas dueños de todos los matices, psicólogos afinados para los mejores problemas, técnicos perfectos. Pero lo que seguramente no descubriríamos con tanta facilidad sería el autor imaginativo, el narrador despegado de la realidad inmediata de la vida.

Nuestra literatura está por lo general supeditada al género costumbrista. Nuestra naturaleza y nuestro ambiente demuestran gran potencia en el hecho de haber cautivado a la casi totalidad de nuestros escritores. Confieso que desearía tal potencia en grado menor, ya que tan difícil nos resulta entre nosotros encontrar al artista dispuesto a jugar con lo maravilloso, a contarnos un cuento sin otro interés que el de contar un cuento; ya que por nuestro mar, por nuestras cordilleras y nuestros archipiélagos no se aventura ningún cazador de monstruos, ningún explorador de inverosímiles ciudades; ya que por nuestras multitudes no se abre camino ningún coleccionador de almas excéntricas.

Se afirma que como materia novelable ningún ambiente es superior a otro. Una criada tonta vale lo que una duquesa espiritual y el villorrio más ínfimo se equipara a París o Shan Ghay. Debe ser así. Por mi parte me abstengo de seguir semejante teoría.

Me parece que hay un interés de superioridad intelectual en los personajes de una narración. Por lo menos para mí este interés existe. La criada tonta, pintada en toda la verdad de su simpleza, puesta al desnudo con todos los resortes de su alma obscura y todas las reacciones de sus sentidos y de su espíritu, me puede certificar un gran talento, pero me fastidia y me pesa como pesa siempre el fardo de todas las realidades demasiado observadas, demasiado calcadas de la vida misma.

Prefero esa calidad de verdad que hay en la fantasía. Esa verdad que desdeña el ambiente, que desdeña el total del personaje y que se clava de pronto hasta el fondo de nuestro espíritu en una sola observación, en una sola palabra empapada de vida mundial, de emoción de todas partes, de alma superior.

Hay una verdad artística de vida y hay una verdad real de vida. Me interesa la primera, porque, por sobre todo, creo que evadirse de la realidad vivida es el supremo deber del artista.

Por eso Luis Enrique Délano me interesa y me entusiasma. Lo veo lleno de las cualidades esenciales del narrador de cuentos, con un gran amor hacia lo maravilloso, amarrando fábulas en las singladuras de los días, con su gran juventud sin sombras, bebiéndose las emociones de la vida como el agua que una muchacha le ofreciera en el cuenco de sus manos desnudas.

A este libro, "La Niña de la Prisión", le debo momentos de ensueño que es lo más alto que un hombre puede

deberle a un libro, y estoy cierto de que todos los que lo lean contraerán también mi deuda. Délano no nos dirá nada de los pueblos que él conoce por haber vivido en ellos, pero en cambio, nos repetirá todo lo que los cielos y los mares le han contado. No debemos buscar por lo tanto material humano en la observación minuciosa ni en el personaje copiado de la realidad: debemos buscarlo en la intención del cuento, en el fondo de las almas extrañas y aventureras que desde estas páginas se asoman a todos los caminos del mundo.

Marinos, vagabundos, gitanos, tipos misteriosos, mujeres que ocultan un secreto horrendo, detectives con un gesto irónico subrayando la pipa, he ahí la humanidad que se agita con incansable dinamismo en las páginas de "La Niña de la Prisión".

De estos tipos puede esperarse todo. Apenas uno se perfila en las primeras líneas de una narración, vemos múltiples posibilidades de grandes sucesos. Y los sucesos acuden sin esfuerzo, como consecuencia natural de almas ávidas de sensaciones, de vidas fuera de todo método. Almas y vidas hechas con nombres de ciudades, con tormentas marinas, con ásperos licores bebidos en noches de fiesta, con largos sueños que se dejan acariciar como mujeres o como felinos.

Y aquí debo ver a Luis Enrique Délano como un enamorado del mar. Es justo. Para el arte suyo el mar ofrece las mejores posibilidades, muchas de las cuales ya han sido bien logradas en los cuentos de este libro. El mar es la patria de todos los soñadores; en todas las vidas en pugna con lo cotidiano hay un golpe de mareas, y es en el surco abierto por los barcos donde fructifican las semillas de los mejores sueños. •

En el mar están la soledad sin término y el abandono

irremediable; es en el mar donde se comprende a plenitud qué pobre cosa es el destino de los hombres y qué a merced está de ese gran poder que dió vida a los dioses y que hoy moldea, a golpes de grandes aventuras, la única raza de hombres aun no dominada por el convencionalismo de nuestras sociedades niveladoras: la raza de los hombres de mar.

Llega a pensarse en presencia del Océano que hay en él una conciencia y una voluntad. Yo por lo menos lo creo así y confieso haberme sentido en muchas ocasiones dominado por esta voluntad tal como una creatura puede serlo por su Dios creador.

Hoy día vemos el mar como motivo de una vastísima literatura cultivada por gentes que en su mayoría no han comprendido ni su obscuro dominio, ni su embriaguez de libertad y de ensueño. De entre éstos debemos exceptuar a Luis Enrique Délano quien, sin hacer del mar el motivo central de sus cuentos, nos ha revelado un intenso sentido de él en breves cuadros y, más que todo, en el alma de muchos de sus personajes que son, antes que nada, hombres de mar.

Y es que aparece el poeta que hay en Délano, poeta autor de muy cordiales versos, y que asoma también a cada instante en la prosa de este libro, disparando su nostalgia, hacia paisajes cargados de color y de perfumes, anclados en lejanos países; hacia imágenes tentadoras, estallantes de sensaciones.

Y en estos cuadros la acción se desarrolla rápida, violenta muchas veces, inesperada siempre. Los cuentos de Délano son acción, por sobre todo. No describe a sus personajes: ellos se modelan con sus hechos mismos.

Y esto está bien. Porque páralelo al fervor despertado por Proust, Joyce y demás guiadores de la ex-

tática escuela de análisis y observación interior, es indudable el auge de la novela de acción y de aventuras. Otros discutan el predominio artístico de una sobre otra de estas escuelas. Yo me limito a apuntar—y a celebrar—este hecho tan cautivante, desde la acción bárbara y el fuerte colorido de *London*, hasta la acrobacia soñadora de *Mc. Orlan*.

Dentro de uno de estos matices, habrá de fijarse la situación de *Luis Enrique Délano*, acaso más cercano a *Mc. Orlan* por su desdén irónico y su agudeza para descubrir, en una sola pincelada, con un solo ademán, el último secreto de un personaje suyo.

La novela de aventuras, tal como la entienden estos artistas modernos, anota sugerencias sin límites, nostalgias vivas y tan agudas, que llevan más lejos el alma del lector que la acción misma. Todo lo más inactual, lo más desarraigado se mezcla en este género novelesco de hoy a lo más nervioso y trepidante de nuestra idiosincracia de hombres formados en civilizaciones dinámicas y eléctricas.

"*La Niña de la Prisión*", en el sentido más puro, es un libro de aventuras, de exquisitas aventuras que nos arrastran lejos de nosotros hacia lo que sólo los poetas son capaces de descubrir en países de embrujamiento y de nostalgia.

Este libro tan maduro ha sido escrito sin embargo por un hombre muy joven. *Luis Enrique Délano*—como es el caso de todos los artistas de verdad — refleja en su obra la modalidad de su vida. Con su abrigo de cuero, su pipa y sus manos anchas de cordialidad este muchacho atraviesa ahora el invierno de 1928. Entrega su libro apartado por completo del gesto trascendental de los que creen haber realizado la obra máxima. Nada menos petulante

que "La Niña de la Prisión" y su autor. Déjano es dueño de una juventud tan sincera, tan de hombre, que el hablar con él, el ser amigo suyo, da la alegría de contemplar una fuerza generosa y libre.

"La Niña de la Prisión" es un libro ampliamente logrado. No quiero citar tal o cual cuento, porque todos ellos me parecen interesantes y hermosos. La movilidad de sus personajes, la afluencia fácil y múltiple de los acontecimientos, la aceptación sonriente de lo circunstancial, el deseo siempre vivo de lo lejano y lo pasajero, son cualidades que me hacen saludarlo con hondo y leal entusiasmo.

SALVADOR REYES.